

trabajo hizo desaparecer por su tragadero la primera moneda. Pero Jesucristo, diciendo que no necesitaba apresurarse, iba tragándose tranquilamente las monedas como si fuesen ciruelas. A la quinta vez hubo un gran rumor en el café, y la gente, levantándose de las mesas, empezó á hacer corro alrededor de los dos viejos. ¡Ah condenado! ¡qué garganta tendría, para tragar monedas de aquel modo! El viejo se tragó la cuarta, cuando de pronto cayó hacia atrás, con la cara amoratada, aletargándose sin poder respirar; por un momento lo creyeron muerto. Jesucristo se había levantado muy tranquilo y risueño: llevaba diez en el estómago, según su cuenta, y eso hacía treinta francos.

Buteau, inquieto, temeroso de verse comprometido si el viejo no salía del mal paso, se levantó de la mesa y mandó que engancharan el carro; y al mismo tiempo contemplaba las paredes con aire distraído, sin hablar de pagar, aunque él había sido quien convidara; pero no tuvo más remedio que pedir la cuenta al camarero y pagarla. Esto acabó de poner á Buteau de muy buen humor. En el patio, donde les esperaban los dos carros, cogió á su camarada por los hombros.

—Mira, Juan, que quiero que vengas. La boda será dentro de tres semanas..... He estado en casa del notario y he firmado el acta; todos los papeles están corrientes.

Y haciendo subir á Elisa al carro:

—Vamos, anda; yo te llevaré..... Pasaré por Rognes, aunque tenga que alargar un poco el camino.

Juan se volvió solo en su carro. Encontraba todo aquello natural, y les siguió. Cloyes dormía, vuelto

á su tranquilidad y tristeza de siempre, alumbrado por las amarillentas estrellas de los reverberos; y de todo el estruendo y animación de las horas del mercado, sólo quedaba el paso vacilante de algún campesino borracho que se había retrasado. Luego apareció la carretera obscura y silenciosa. Juan acabó por distinguir á lo lejos el otro carro, el que llevaba al matrimonio. La cosa se había arreglado bien; así era mejor. Y el bueno del antiguo soldado silbaba tranquilamente en su carro, satisfecho de verse libre de un peso extraño.

## VII.

Estaban en la época de la recolección, disfrutando de un cielo muy azul y de una temperatura muy calurosa, pero refrescada por las brisas; habían fijado la boda para el día de San Juan, que aquel año caía en sábado.

Los Fouan habían recomendado mucho á Buteau que empezaran las invitaciones por la Grande, hermana mayor de la familia, que exigía consideraciones y miramientos, como reina rica y temida. Así es que una tarde Buteau y Elisa se fueron á casa de la vieja, los dos vestidos con sus trajecitos de cristianar para rogarle que asistiera á la boda, es decir, á la ceremonia, y luego á la comida que se celebraría en casa de la novia.

La Grande estaba haciendo media, sola en su cocina, y sin disminuir la velocidad de las agujas los miró con fijeza; dejó que se explicaran, que repitieran dos veces las mismas frases, y por fin les contestó con voz agría:

—¿A la boda? ¡ Ah! ¡ no por ciertol..... ¿Qué he de ir á hacer yo á la boda?..... Eso es bueno para los que se divierten.

Habían visto colorearse su cara de pergamino á la idea de aquel convite que no iba á costarle nada: estaban seguros de que aceptaría, pero el uso exigía que se lo rogaran todo mucho.

—Tía, la verdad es que no podemos pasar sin que vayáis!

—No, no, esas cosas no son ya para mí. Ni tengo tiempo, ni tengo qué ponerme. Siempre son gastos..... y la verdad, nadie se muere por no ir á una boda.

Tuvieron que repetir veinte veces la invitación, y acabó por decir con tono malhumorado:

—Bueno; puesto que no hay más remedio, iré. Pero os aseguro que sólo por ser vosotros.....

Luego, viendo que no se marchaban, empezó á librarse una batalla dentro de sí misma, porque la costumbre exigía que en tales casos se ofreciese una copa de vino. Por fin se decidió; bajó á la cueva aunque había allí una botella de vino comenzada; y es que tenía para tales ocasiones un poco de vino que se le había agriado, y que llamaba el de despedir huéspedes. Llenó dos vasos, y sirvió á su sobrino y á su sobrina de una manera tal, que no tuvieron más remedio que beberse de un trago para no ofenderla. Se despidieron con la garganta ardiendo.

Aquella misma noche Buteau y Elisa se dirigieron á Rosa Blanca, á casa de los de Charles. Pero llegaron en ocasión de una trágica aventura.

El Sr. Charles se hallaba en su jardín muy agitado y pesaroso. Indudablemente acababa de

experimentar una sensación violenta en el momento de podar una enredadera, porque aun estaba con las tijeras en la mano y la escalera apoyada contra la pared por donde trepaba la enredadera. Se contuvo sin embargo, y les hizo entrar en el salón donde se hallaba Elodia bordando con su modesto aire de siempre.

—¡ Ah! ¿conque os casáis dentro de ocho días? ¡ Muy bien hecho, hijos míos!..... Pero no podremos ir á la boda, porque la señora de Charles se halla en Chartres, y estará allí lo menos dos semanas.

Levantó sus pesados párpados para dirigir una mirada á la joven.

—Sí, en los momentos de más prisa, en las grandes ferias, la señora de Charles se va para ayudar á su hija.... Ya sabéis que el comercio tiene sus exigencias, y hay días que la tienda está completamente llena de gente á todas horas. Por más que Estrella ha cogido el aire, necesita, sin embargo, á su madre en esas ocasiones, sobre todo desde que mi yerno Vancogne no hace nada..... Y además, á la señora de Charles le gusta ver de cuando en cuando la casa. ¿Qué queréis? Hemos vivido treinta años en ella, y eso siempre tira.

El viejo se estremecía, sus ojos se arrasaban en lágrimas al recuerdo del pasado. Y era verdad; su mujer sentía á veces la nostalgia de su casita de la calle de los Judíos, á pesar de hallarse en su agradable retiro burgués, lleno de comodidades, de flores, de pájaros y de sol. Cerraba los ojos y veía al antiguo Chartres desde la plaza de la catedral hasta las orillas del Eure, y con la imaginación llegaba allí, tomaba la calle Pía, la de

Puerta Cenicienta, luego la de los Caballeros, para ir cortando camino; bajaba la escalinata del Pied-Pla, y en el último escalón, al llegar al que hacía esquina á la calle de los Judíos, se le aparecía su casita, con su blanca fachada y sus persianas verdes siempre cerradas. Las dos calles eran muy malas; durante treinta años había podido ver las habitaciones y los habitantes miserables de aquel barrio y el arroyo de la calle arrastrando arroyuelos de agua sucia y negra y mal oliente. ¡Pero cuántas semanas no había pasado dentro de su casita sin salir á la calle, sin ver á nadie! Y estaba orgullosa de los divanes y de los espejos del salón, del palo santo y de la caoba de las alcobas, del roble del comedor, de todo aquel lujo, de aquella confortable severidad, que era creación de ellos, obra suya, á la cual debían su fortuna. Un desfallecimiento melancólico se apoderaba de ella al recuerdo de ciertos rincones íntimos, del perfume persistente de las aguas de tocador, de aquel olor especial de toda la casa, que había conservado en la piel. Así es que esperaba las temporadas de mucho trabajo extraordinario, y se iba, rejuvenecida, alegre, después de haber recibido de su nieta dos besos muy apretados que prometía transmitir á la madre aquella misma noche.

—¡Ah! es ¡una contrariedad, es una contrariedad! —repetía Buteau, verdaderamente mortificado al pensar que no estarían los señores de Charles en la boda.—¿Y si la prima escribiese á nuestra tía que viniese?

Elodia, que iba á cumplir quince años, levantó su cara de virgen hinchada y clorótica, de cabello escaso y de sangre tan pobre, que hasta el aire

puro del campo parecía contribuir á la anemia.

—¡Oh, no! —murmuró la joven—la abuela me dijo que lo menos tendría que estar allí dos semanas para la confección de bombones. Hasta me ha dicho que me traería un saco si era buena.

—Pues entonces—propuso al fin Elisa—venid sin ella, venid con la pequeña.

Pero el señor Charles ya no escuchaba; había vuelto á su agitación, y ni oía ni entendía. Iba á la ventana, parecía espiar á alguien y ahogaba en la garganta su cólera pronta á estallar. Hasta que al fin, sin poderse contener más, despidió á la joven con una palabra.

—Vé á jugar un poco por ahí, hija mía.

Luego, cuando Elodia se hubo marchado, acostumbrada á salir siempre que las personas mayores empezaban á hablar algo serio, se colocó en el centro de la habitación, y con los brazos cruzados, con una irritación que hacía temblar todas las facciones de su correcto rostro de antiguo magistrado:

—¡Podéis creerlo! ¡Háse visto jamás una abominación semejante!... Estaba podando el rosal, me subo en el último escalón; me inclino hacia el otro lado de la tapia maquinalmente; y ¿qué diréis que he visto?... A Honorina, sí, á mi criada Honorina, con un hombre el uno encima del otro, con las piernas al aire haciendo porquerías.... ¡Ah, cochinos! ¡infames! ¡al pie de las tapias de mi casa!

El viejo, que se ahogaba, se puso á pasear, haciendo gestos de noble maldición.

—¡La espero para echarla á la calle á la muy bribona! ¡Miserable!... No podemos tener criada;

nos las empuñan á todas. Al cabo de seis meses de estar en casa, ya se sabe, porque es una regla general, ya se hallan en un estado que no les permite servir en una casa honrada..... y ésta la he visto yo mismo..... y de una manera!.... Decididamente, este es el fin del mundo.

Buteau y Elisa, asombrados, participaban de su indignación por deferencia.

—¡Es verdad, eso no está bien!..... ¡No, no está bien!

Pero de nuevo Charles se detenía delante de ellos.

—¡Imaginaos que Elodia se sube en esa escalera por casualidad y descubre esa escena! ¡Ella tan inocente, que no sabe nada de nada, y á la cual vigilamos constantemente hasta en sus pensamientos!.... ¡Se echa uno á temblar de pensar!.... ¡Qué golpe para mi mujer si estuviese aquí!

Precisamente en aquel momento, al mirar hacia la ventana, vió á la niña que sin duda cedía á la curiosidad, con un pie puesto en el primer escalón. El viejo se precipitó y le gritó con voz ahogada por la angustia, como si la viera al borde de un precipicio:

—¡Elodia! ¡Elodia! baja, aléjate, por el amor de Dios!

Sentía que le flaqueaban las piernas, y dejándose caer en una butaca, siguió gritando y quejándose de la impúdica desvergüenza de las criadas. ¡Pues no había sorprendido á una enseñándole á la niña cómo tienen hecho el culo las gallinas! Bastante tenía él con cuidarse en la calle de libertarla de las groserías y atrevimientos de los labriegos y del cinismo de los animales, para que también

dentro de su casa tuviera un foco constante de inmoralidad.

—Aquí viene ya—dijo bruscamente.—Ahora veréis.

Tiró de la campanilla y recibió á Honorina sentado, severo, y después de lograr por un gran esfuerzo de voluntad recobrar la calma.

—Señorita, hacel vuestro baul y marchaos enseguida de esta casa; os pagaré los ocho días que lleváis en casa:

La criada, asustada, balbuciente, tartamudeó algunas excusas.

—¡Es inútil, todo lo que puedo hacer es no entregáros á los tribunales por atentado á la moral. Entonces ella se sublevó.

—Oid: ¿es que se me ha olvidado pagar la cama?

El viejo se levantó erguido y la despidió con un gesto soberano, señalando con el dedo hacia la puerta. Luego, cuando se hubo marchado, se desahogó brutalmente.

—¡Habrás visto una puta semejante! ¡Deshonrar así mi casa!

—¡Ah! sí lo es, verdaderamente lo es, dijeron á una Elisa y Buteau.

Y este último añadió:

—¿No es verdad que hemos convenido en que iréis con la niña?

El señor Charles seguía tembloroso. Había ido á mirarse al espejo y volvía satisfecho de sí mismo.

—¿Adónde? ¡Ah! sí, á vuestra boda..... Hacéis muy bien, hijos míos, en casaros..... Contad conmigo; iré, pero no os prometo llevar á Elodia, por-

que ya sabéis que en las bodas suelen decirse bromas.... ¿eh?... ¡Habéis visto cómo he plantado de patitas en la calle á esa bribona! Lo que es á mí no me fastidia ninguna... Hasta la vista; contad conmigo.

Los Delhon me, á casa de quienes se dirigieron desde allí Elisa y Buteau, aceptaron también después de los ruegos de costumbre. Ya no faltaba nadie de la familia más que Jesucristo, á quien invitar. Pero verdaderamente se hacía insoportable, reñido con todos, inventando las mayores porquerías para desconsiderar á los suyos; y se decidieron á prescindir de él, temblando, sin embargo, de que se vengase con alguna nueva maldad.

Rognes en masa esperaba, porque aquella boda tanto tiempo aguardada era un verdadero acontecimiento. Hourdequin, el alcalde, asistió á ella; pero invitado á la comida, tuvo que excusarse, porque tenía necesariamente que dormir aquella noche en Chartres para asistir á la vista de un proceso, y prometió que la señora Santiaguilla asistiría, puesto que tenían la amabilidad de convidarla también. Se pensó al principio en invitar al padre Godard, con objeto de tener en la boda gente de viso; pero el cura se indignó porque fijaban para la ceremonia el día de San Juan. Había misa mayor, una gran fiesta de iglesia en Bazoches-le-Doyen. ¿Cómo había de estar en Rognes por la mañana? Entonces las mujeres, Elisa, Rosa, Fanny, se empeñaron tanto, que no tuvo más remedio que ceder, y fué á mediodía tan furioso, que les soltó la misa en un *santiamén*, lo cual les ofendió muchísimo.

Además, y después de largas discusiones, se convino en que la boda se celebraría con mucha

sencillez, en familia, á causa de la situación de la novia, que tenía un chiquillo de cerca de tres años. Sin embargo, habían ido á la mejor pastelería de Cloyes á encargar una tortada para el postre, resignándose á hacer todo el gasto en ella para demostrar que se sabía tirar el dinero cuando llegaba el caso; había, como en la boda de la hija mayor de Bordier, los ricos cangrejos de Mailleville, un pastel, dos fuentes de natillas y cuatro bandejas de dulces y bombones. En casa comieron una buena sopa, cuatro pollos asados, cuatro conejos en estofado, carne asada y pajaritos. Comida para quince ó veinte personas; aun no se sabía el número fijo. Si quedaba algo aquel día, al siguiente se comerían las sobras.

El cielo, algo cubierto aquella mañana, se había desencapotado, y el día terminaba con un calor agradable. Habían puesto la mesa en el centro de la anchurosa cocina, enfrente del fogón donde se asaban las carnes y donde hervían las marmitas encima de buenas hornilladas de leña. Y aquello caldeaba de tal suerte la habitación, que tuvieron que dejar abiertas de par en par las dos ventanas y la puerta, por las cuales penetraba el buen olor de los trigos recién segados.

Desde el día antes las hijas de Mouche se hacían ayudar por Rosa y Fanny. A las tres tuvieron una emoción cuando apareció el coche de la pastelería, que hacía salir á las puertas de sus casas á todas las comadres del pueblo. En seguida colocaron el postre encima de la mesa para estar viéndolo. Precisamente la Grande llegaba con alguna anticipación: se sentó, colocó el bastón entre las rodillas, y ya no quitó de los platos sus ojos, de mirada

dura y aviesa. ¿Cómo se permitían gastar tanto? Ella no había tomado nada por la mañana, para comer más.

Los hombres, Buteau, Juan que le había servido de testigo, el viejo Fouan, Delhomme, acompañado de su hijo Ernesto, todos de levitón y pantalón negro, con grandes sombreros de copa alta que no se quitaban, jugaban al canet en el corral. El Sr. Charles llegó solo, después de haber llevado el día antes á Elodia á su colegio de Chateaudun, y sin tomar parte en el juego se interesó en la partida y emitió juiciosas observaciones.

Pero á las seis, cuando todo estuvo dispuesto, fué necesario esperar á Santiaguilla. Las mujeres bajaban sus sayas que habían subido sujetándose-las con alfileres para no ensuciarse con el fogón. Elisa estaba vestida de azul; Francisca de rosa, vestidos de seda fuerte y fuera de moda, que Lambourdiou les había vendido por el doble de su valor, dándoselos como última novedad de París. La abuela Fouan había sacado del fondo del cofre la falda de poplin color violeta, que desde hacía cuarenta años lucía en todas las bodas del pueblo; y Fanny, vestida de verde, llevaba todas sus alhajas, su reloj y su cadena, un alfiler, sortijas y pendientes. Cada minuto salía una de las mujeres á la puerta, corría hasta la esquina de la iglesia para ver si la señora de la granja llegaba al fin. Las salsas estaban hechas, la sopa se enfriaba en los platos, donde habían tenido la imprudencia de servirla ya. Por fin se oyó una exclamación general: —¡Aquí está! ¡aquí está!

Y apareció el cochecillo. Santiaguilla saltó de él prontamente. Ella estaba contentísima y había te-

nido el buen gusto de vestirse como soltera con un trajecillo de percal blanco con pintas coloradas, y sin ninguna joya, la carne sin más adornos que unos brillantitos en las orejas, un regalo de Hourdequin que había puesto en revolución á las mujeres de las cercanías. Pero todos se quedaron sorprendidos al ver que no despedía al criado que la había llevado, después que le ayudaron á desenganchar el coche. Era un hombre llamado Trou, una especie de gigante, con la piel blanca, el pelo rubio y un aspecto muy animado. Era de Perche y estaba en la Borderie como criado desde hacía un par de semanas.

—Trou se quedará, ¿sabéis?—dijo ella alegremente.—Me acompañará luego.

En Beauce no agradan mucho los percherones, á los cuales se acusa de falsos é hipócritas. Todos se miraron: ¿aquel tonto tan alto y tan rubio sería otro querido de la Santiaguilla? Buteau, que desde por la mañana estaba muy contento y complaciente y bromista, respondió:

—¡Pues ya lo creo que se queda! ¡Basta que venga con vos!

Y cuando Elisa dijo que la comida aguardaba, todos se sentaron á la mesa, dándose empujones y riendo á carcajadas. Faltaban tres sillas, y fueron á buscar dos taburetes de paja, encima de los cuales colocaron unas tablas. Ya las cucharas golpeaban en firme el fondo de los platos.

La sopa estaba fría y cubierta de grandes ojos formados por la grasa, que se agarraba á la garganta. Esto no importaba; el viejo Fouan manifestó la idea de que ya se derretiría en la barriga, lo cual despertó una verdadera tempestad de risa.

Desde aquel momento aquello fué un ataque formidable: la gente tragaba sin cesar: los pollos, los conejos, la carne, desfilaron, desaparecieron en medio de un ruido terrible de mandíbulas que masticaban. Aquella gente tan sobria en su casa comía á reventar en la del vecino. La Grande, que no hablaba para comer más, no perdía ripio, y era horrible, parecía mentira lo que tragaba aquel cuerpo seco de octogenaria, sin que se hinchase siquiera. Estaba convenido que Fauny y Francisca se ocuparían del servicio, para que la novia no tuviese que levantarse; pero ésta no podía contenerse; dejaba el asiento cada cinco minutos, se remangaba las mangas del vestido y procuraba que éste no se le manchara con el fogón ó con algún plato. Pronto cada cual en la mesa pensó en servirse á sí mismo, y siempre había alguno de pie cortándose pan ó buscando un plato limpio. Buteau, que se había encargado de poner el vino, no daba abasto; había tenido buen cuidado, para no entretenerse luego en destapar botellas, de poner allí cerca un tonel; pero tanto y tanto le pedían, que no le dejaban, y fué preciso que Juan le sustituyese en sus funciones. Delhomme, sentado muy tranquilamente, declaraba con imperturbabilidad inalterable que era necesario líquido para no ahogarse. Cuando presentaron la tortada, tan grande como la rueda de un carro, hubo un momento de recogimiento como si todos se impresionaran; y el Sr. Charles llevó su buena educación hasta jurar por su felicidad, que jamás, ni en Chartres, había visto ninguna tan grande. Entonces el viejo Fouan, que estaba muy animado, exclamó:

—¡Caramba, si le pusieran á uno eso en el trasero, pronto se curarían las almorranas!

Todos los comensales se retorcieron de risa, sobre todo la Santiaguilla, á quien se le saltaron las lágrimas. Y chillaba y añadía multitud de cosas subidas de color que se perdían en medio de las risotadas de los demás.

Los novios estaban colocados uno enfrente de otro, Buteau entre su madre y la Grande, Elisa entre el tío Fouan y el Sr. Charles; y los otros convidados se hallaban á su gusto, cada cual donde quiso sentarse; Santiaguilla al lado de Trou, que la acariciaba con sus dulces y mortecinos ojos; Juan junto á Francisca, separado de ella solamente por Julio, el pequeñuelo de su hermana, del cual los dos habían prometido cuidar; pero al llegar á la torta se declaró en él una indigestión y fué necesario que la novia fuese á acostar á su hijo. Entonces Francisca y Juan quedaron uno al lado del otro. Ella estaba muy inquieta, colorada del calor de la lumbre, rendida de cansancio y sobreexcitada por lo tanto. Él, amable y complaciente, quería levantarse para servirla cada vez que necesitaba algo; pero ella se escapaba y se ocupaba en defenderse contra Buteau, que muy animado y risueño todo el día, no paraba de hacerla rabiarse desde que se sentaron á la mesa. Él la pellizcaba al pasar por su lado, y ella le devolvía un manotón tremendo; luego ella se levantaba con cualquier pretexto, como atraída para ser pellizcada y para pegar de nuevo. Se quejaba ya de tener los muslos hechos un puro cardenal.

—¡Estate quieta aquí entonces!—repetía Juan.

—¡Ah! no; es menester que no crea que por

ser mi cuñado va á ser mi marido también.

Cuando se hizo de noche encendieron seis velas. Hacía tres horas que estaban comiendo, cuando al fin, á eso de las diez llegaron á los postres. Luego bebieron café, pero no una taza, sino dos ó tres, á discreción. Las bromas iban acentuándose y subiéndose de color; el café daba nervio y era muy bueno para los hombres que dormían demasiado, y cada vez que alguno de los comensales casados bebía un sorbo, la gente se desternillaba de risa.

—Tienes razón para tomar tanto—dijo Fanny á Delhomme, muy risueña y olvidando su acostumbrada reserva.

Él se puso colorado, alegó como excusa el exceso de trabajo, en tanto que su hijo Ernesto, con la boca abierta, reía, en medio de la explosión de gritos y de puñetazos sobre las rodillas que había producido aquella confianza conyugal. El muchacho había comido tanto, que parecía que iba á reventar. Poco después desapareció y ya no lo encontraron hasta la hora de marcharse, durmiendo entre las dos vacas.

La Grande fué la que resistió más tiempo. A las doce de la noche aun arremetía contra los pastelillos con la muda desesperación de quien no puede concluir con ellos. Se habían lamido los platos de natillas y recogido cuidadosamente las migajas de los pasteles, y en el abandono de la creciente embriaguez, los corchetes de los corpiños desabrochados, los botones de los pantalones sueltos, se variaba de sitio, se formaban pequeños grupos alrededor de la mesa, llena de pringue y manchada de vino. Los ensayos de canto no habían pros-

perado; solamente la vieja Rosa, con la faz abotagada, seguía tarareando una cancioncilla del siglo pasado, una reminiscencia de su juventud, que se iba acompañando con un acompasado movimiento de cabeza. Tampoco había ganas de bailar; los hombres preferían beber aguardiente y fumar en pipas que golpeaban sobre la mesa para quitarles la ceniza. En un rincón Fanny y Delhomme calculaban al céntimo, delante de Juan y de Trou cuál iba á ser la situación económica de los recién casados y cuáles eran sus esperanzas: aquello duró una eternidad, porque iban estimando uno á uno cada centímetro cuadrado de tierra, porque conocían todas las fortunas de Rognes, hasta en las cantidades representadas por la ropa blanca. En el otro extremo la Santiaguilla se había apoderado del señor Charles, al cual contemplaba con invencible sonrisa y con la curiosidad retratada en sus bellísimos y picarescos ojos. Le estaba haciendo preguntas.

—¿De modo que es bonito Chartres y que tiene muchas diversiones?

Y él respondía haciendo el elogio de la ciudad, de la línea de sus paseos plantados de árboles hermosísimos, que forman á Chartres un cinturón de sombra. Abajo sobre todo, á la orilla del Eure, los bulevares estaban muy frescos en verano. Luego había que ver la catedral, y el anciano se extendía hablando de la catedral, como hombre bien enterado y respetuoso con la religión. Sí, uno de los más hermosos monumentos, demasiado grande para la presente época de malos cristianos, casi siempre vacío, edificado en una plaza siempre desierta que durante los días de la semana sólo se



veía cruzada por algunas sombras devotas; y ese aspecto de gran ruina había tenido ocasión de observarlo un domingo que había entrado al pasar casualmente por allí á la hora de vísperas; allí dentro se tiritaba, no se veía claro á causa de los vidrios de colores, tanto que sólo logró distinguir las muchachas de dos colegios de niñas, perdidas allí como si fuesen dos puñados de hormigas, cantando con voz chillona debajo de aquellas vastísimas bóvedas. ¡Ah! ¡verdaderamente entristecía que se abandonaran así los templos por las tabernas!

Santiaguilla, asombrada, seguía mirándolo y sonriendo. Al fin acabó por murmurar en voz baja:

—Bueno, pero las mujeres de Chartres....

El comprendió; se puso muy grave; pero se expandió, sin embargo, influido por la general embriaguez. Ella, muy sonrosada, temblorosa, risueña, se acercaba á él como para entrar en el misterio del roce de muchos hombres cada noche. Pero aquello no era lo que ella creía, y él le hablaba de lo duro del trabajo, porque tenía el vino melancólico y paternal. Luego se animó cuando ella le dijo que se había entretenido en pasar, por el gusto de ver, por delante de una casa que había en Chateaudun, esquina á la calle Davignon y á la calle Loireau, una casita muy mal cuidada, siempre con las persianas caídas cuidadosamente. Por detrás, en un jardín muy mal cuidado también, una gran bola de cristal que había encima de la fuente reflejaba la casa. El día en que ella estuvo, los chiquillos jugaban á la puerta de la casa, y por encima de las tapias del cuartel de caballería, que está contiguo se oían las voces de mando. Él la

interrumpía y se animaba: Sí, sí, conocía aquella casa: dos mujeres feas y estropeadas, y ni siquiera espejos en el cuarto bajo. Esas eran las que deshonraban el oficio.

—¿Pero qué queréis hacer en una capital de cuarto orden?—dijo por fin calmado y como cediendo á una filosófica tolerancia propia de un hombre superior.

Era la una de la madrugada, y se habló de ir á acostarse. Cuando se había tenido ya un hijo, era inútil ¿no es verdad? andarse con remilgos para meterse debajo de las sábanas. Para ellos no había misterios y lo mejor era dejarse de historias, beber otro trago y.... á la cama!

En aquel momento Elisa y Francisca dieron un grito. Por la ventana abierta acababa de penetrar un puñado de basura, estiércol de vaca lanzado con fuerza; y los vestidos de aquellas señoras estaban perdidos, llenos de arriba abajo. ¿Quién sería el puerco que había hecho aquello? Echaron á correr, miraron en la calle, en la plaza, en la carretera, detrás de la tapia de la huerta. Nadie. Además, todos estuvieron acordes en decir que era Jesucristo que se vengaba de que no lo hubiesen convidado.

Los Fouan y los Delhomme se marcharon; el señor Charles también. La Grande daba una vuelta á la mesa á ver si quedaba algo que comer, y se decidió á marcharse después de decir á Juan que los Buteau se morirían de hambre sobre un montón de paja. Por la carretera, mientras los otros muy borrachos se alejaban dando traspiés, se oyó su paso firme y seguro que se alejaba al compás de los gólpecitos que daba con su bastón.

Trou enganchaba el carrujillo para la señora Santiaguilla. Esta, ya en el estribo, se detuvo y volvió la cabeza.

—¿Os venís con nosotros Juan? ¿No, eh?

El muchacho, que se preparaba á subir, se detuvo, contento de dejársela á Trou, puesto que ella parecía desearlo. Juan la vió colocarse muy pegada al cuerpo de su nuevo galanteador, y no pudo reprimir la risa viendo el carruaje que se alejaba. Él volvió á pié á la granja y fué á sentarse un momento en el banco de piedra que había en el corral, al lado de Francisca, que se había puesto allí mientras la gente se iba aturdida por el calor y por el cansancio. Los Buteau estaban ya en su cuarto, y ella había prometido cerrarlo todo antes de acostarse.

—¡Ah! qué hermoso está esto! —suspiró la joven después de cinco minutos de silencio.

Y el silencio reinó otra vez. La noche estaba estrellada, fresca, deliciosa. El olor campestre de los trigos subía con tal fuerza desde las praderas del Aigre, que émbalsamaba el aire como un perfume de flores.

—¡Ah! sí, muy hermoso —repitió Juan por fin.—Esto alegra el corazón.

Ella no respondió, y él advirtió que dormía escribiéndose del banco y apoyándose en su hombro. Juan permaneció allí una hora todavía, pensando en una porción de cosas confusas. Malos pensamientos le asaltaron, pero se disiparon luego. Ella era demasiado joven y á él le parecía que esperando, Francisca envejecería y se le iría acercando.

—Oye, tú, Francisca, hay que acostarse. Te vas á poner mala.

Ella se despertó sobresaltada.

—¡Toma! pues es verdad que mejor estará una en su cama.... Hasta la vista, Juan.

—Hasta la vista, Francisca.